Una habitación llena de gente

Daniel Keyes

Una habitación llena de gente

Traducción de Begoña Prat Rojo

Duomo ediciones
Barcelona, 2026

A las víctimas de maltrato infantil,
en especial a las silenciosas...

PRÓLOGO

Este libro es el relato verídico de la vida, hasta el momento actual, de William Stanley Milligan, la primera persona en la historia de Estados Unidos en ser declarada no culpable de delitos graves por enajenación mental, debido a que poseía múltiples personalidades.

A diferencia de otros casos de personalidad múltiple que aparecen en la literatura psiquiátrica y popular, y a los que en un principio se les asignaron nombres ficticios para preservar su anonimato, Milligan se convirtió en una figura pública controvertida desde el momento en que lo detuvieron y acusaron. Su rostro apareció en las portadas de periódicos y revistas, y tanto los telediarios como los titulares de los periódicos recogieron los resultados de sus exámenes psicológicos. También es el primer paciente con trastorno de personalidad múltiple al que se estudió meticulosamente, día y noche, hospitalizado, y cuatro psiquiatras y una psicóloga atestiguaron en declaraciones juradas sus observaciones sobre la multiplicidad de Milligan.

La primera vez que vi al joven, de veintitrés años, fue en el centro de salud mental de Athens, en Ohio, poco después de que lo internaran allí por mandato judicial. Cuando me pidió que escribiera su historia, le dije que eso dependía de si esta tenía más profundidad de lo que los medios de comunicación habían publicado de manera exhaustiva. Él me aseguró que jamás había revelado a nadie los secretos mejor guardados de sus personas internas, ni siquiera a sus abogados ni a los psiquiatras que lo habían analizado, y que ahora quería que el mundo entendiera su enfermedad mental. Eso despertó mi interés, aunque seguía siendo escéptico.

Varios días después de nuestro encuentro, el último párrafo de un artículo que salió en *Newsweek* titulado «Las diez caras de Billy» contribuyó a aumentar mi curiosidad:

> Sin embargo, sigue habiendo preguntas sin respuesta. ¿Cómo aprendió Milligan las técnicas de escapismo propias de Houdini que

> demostró Tommy [una de sus personalidades]? Y ¿qué decir de las conversaciones con las víctimas de sus violaciones, en las que afirmó ser miembro de una «guerrilla» y un «sicario»? Los médicos creen que es posible que Milligan tenga personalidades que todavía no han salido a la superficie, y que tal vez alguna de ellas haya cometido delitos aún desconocidos.

Cuando volví a hablar con él a solas, en su habitación del hospital psiquiátrico durante el horario de visitas, descubrí que Billy, como acabó siendo conocido, era muy distinto del joven sereno con el que había hablado la primera vez que nos vimos. Su voz era ahora vacilante y agitaba las rodillas con nerviosismo. Tenía mala memoria, con lagunas amnésicas que abarcaban largos periodos. Era capaz de hablar de forma general acerca de aquellas partes de su pasado que recordaba con vaguedad, y su voz a menudo se rompía con los recuerdos dolorosos, pero no podía dar demasiados detalles. Después de intentar en vano que compartiera conmigo sus experiencias, estuve a punto de darme por vencido.

Hasta que un día sucedió algo asombroso.

Billy Milligan se fusionó por completó por primera vez, revelando un nuevo individuo, una amalgama de todas sus personalidades. El Milligan fusionado tenía un recuerdo vívido y casi total de todas las personalidades desde el momento de su creación: sus pensamientos, actos, relaciones, experiencias trágicas y anécdotas divertidas.

Si señalo esto desde el principio es para que el lector entienda cómo logré recabar los sucesos del pasado, los sentimientos y las conversaciones solitarias de Milligan. Todo el material recogido en este libro me lo proporcionaron el Milligan fusionado, sus otras personalidades y sesenta y dos personas cuyos caminos se cruzaron con el suyo en diversas etapas de su vida. Las escenas y los diálogos están recreados a partir de los recuerdos de Milligan, y las sesiones de terapia están sacadas de cintas de vídeo. No me he inventado nada.

Uno de los principales problemas a los que nos enfrentamos

cuando empecé a escribir fue la dificultad de crear una cronología. A Milligan se le había «perdido el tiempo» a menudo desde su más tierna infancia, casi nunca prestaba atención a los relojes o los calendarios, y le daba vergüenza reconocer que no sabía el día o el mes en que vivía. En última instancia, logré ordenar los acontecimientos gracias a facturas, recibos, informes de aseguradoras, informes escolares, su historial laboral y muchos otros documentos que me proporcionaron su madre, su hermana, sus compañeros de trabajo, sus abogados y sus médicos. Aunque Milligan casi nunca añadía la fecha en su correspondencia, su exnovia había conservado los cientos de cartas que él le mandó durante los dos años que pasó en la cárcel, y los matasellos de los sobres me permitieron fecharlas.

Como premisa para nuestra colaboración, Milligan y yo establecimos dos normas básicas. En primer lugar, todos los lugares, personas e instituciones se identificarían con su nombre real, a excepción de tres grupos de individuos cuya intimidad había que proteger con seudónimos: otros pacientes psiquiátricos, delincuentes no acusados con los que Milligan se había relacionado, tanto de joven como de adulto, y las tres víctimas de violación de la Universidad Estatal de Ohio, incluidas las dos que accedieron a concederme una entrevista.

En segundo lugar, para asegurarle a Milligan que no corría el riesgo de incriminarse si una de sus personalidades revelaba delitos por los que aún podían acusarlo, convinimos en que yo usara «licencias poéticas» para dramatizar dichas escenas. Por otra parte, los delitos por los que Milligan ya ha sido juzgado se reflejan aquí con detalles no revelados hasta ahora.

La mayoría de las personas que han conocido, trabajado o sido víctimas de Billy Milligan han acabado aceptando su diagnóstico de personalidad múltiple. Muchas recuerdan qué fue lo que él hizo o dijo para que finalmente reconocieran: «Esto no lo puede estar fingiendo». Mientras, otras siguen creyendo que es un farsante, un timador extraordinario que presentó un alegato de no culpabilidad debido a enajenación mental para librarse de la cárcel. Traté de contactar con la mayor cantidad posible de personas

de ambos grupos para que hablaran conmigo, y ellas me comunicaron sus reacciones y sus motivos.

Yo mismo mantuve una actitud escéptica. Apenas pasaba un día sin que me sintiera inclinado a creer una cosa y la contraria. Pero durante los dos años en los que trabajé con Milligan para este libro, las dudas sobre la verosimilitud de los hechos y las experiencias que él recordaba se transformaron en certezas cuando mi investigación confirmó su rigor.

Un artículo publicado en el *Dayton Daily News* el 2 de enero de 1981, tres años y dos meses después de la comisión de los últimos delitos, muestra que la polémica sigue viva en los periódicos de Ohio.

¿FARSANTE O VÍCTIMA? EL CASO DE MILLIGAN
SIGUE RESULTANDO REVELADOR
Joe Fenley

> William Stanley Milligan es un hombre angustiado que lleva una existencia angustiosa.
>
> O bien es un impostor que ha engañado a la sociedad y ha burlado al sistema para no pagar por sus delitos violentos, o bien es una víctima genuina de un trastorno múltiple de la personalidad. En cualquier caso, la situación es complicada [...].
>
> El tiempo dirá si Milligan le ha tomado el pelo al mundo entero o si es una de sus víctimas más tristes.

Tal vez haya llegado el momento de saberlo.

D. K.
Athens, Ohio
3 de enero de 1981

LAS PERSONAS DE DENTRO

Las diez

Las únicas conocidas por psiquiatras, abogados, policías y medios de comunicación en el momento del juicio.

1. *William Stanley Milligan (Billy)*, 26 años. La personalidad original, o base, denominada después el «Billy fragmentado» o «Billy-F». Dejó los estudios en el instituto. Mide 1,83 m; pesa 86 kg. Ojos azules, pelo castaño.

2. *Arthur*, 22 años. Inglés. Racional, impasible, habla con acento británico. Autodidacta en física y química, estudia libros de medicina. Lee y escribe árabe con fluidez. Aunque tiene opiniones conservadoras y se considera un capitalista, es ateo declarado. Fue el primero en descubrir la existencia de las demás personalidades, tiene el control en entornos seguros y decide quién de la «familia» se manifiesta y asume la conciencia. Lleva gafas.

3. *Ragen Vadascovinich*, 23 años. El guardián del odio. Su nombre deriva de las palabras inglesas *rage-again*, es decir, «el que se enfurece otra vez». Es yugoslavo y habla con marcado acento eslavo. Lee, escribe y habla serbocroata. Experto en armamento y municiones, así como en karate. Tiene una fuerza física extraordinaria gracias a su habilidad para controlar el flujo de adrenalina. Comunista y ateo. Desempeña el papel de protector de la familia y de mujeres y niños en general. Toma el control de la conciencia en situaciones peligrosas. Se ha relacionado con delincuentes y personas drogodependientes, y reconoce que ha tenido un comportamiento delictivo, a veces violento. Pesa 95 kg, tiene brazos enormes, pelo largo y moreno, y bigote estilo morsa. Dibuja a lápiz porque es daltónico.

4. *Allen*, 18 años. El estafador. Es manipulador y, la mayoría de las veces, el que se encarga de tratar con el exterior. Agnóstico,

se guía por el principio de «saca el máximo provecho de la vida en la Tierra». Toca la batería, pinta retratos y es la única de las personalidades que fuma. Está unido a la madre de Billy. Mide lo mismo que William, pero pesa menos (75 kg). Lleva la raya del pelo a la derecha y es el único diestro.

5. *Tommy*, 16 años. Es un artista del escapismo y a menudo es confundido con Allen. Tommy suele ser agresivo y antisocial. Toca el saxofón, es experto en electrónica y pinta paisajes. Pelo rubio oscuro y ojos marrón ámbar.

6. *Danny*, 14 años. El asustado. Tiene miedo de la gente, en especial de los hombres. Fue obligado a cavar su propia tumba, donde luego lo enterraron vivo; en consecuencia, pinta únicamente naturalezas muertas. Tiene el pelo rubio y largo hasta los hombros, ojos azules y es bajo y delgado.

7. *David*, 8 años. El guardián del dolor, o el empático. Absorbe todo el dolor y sufrimiento de las demás personalidades. Es muy sensible e intuitivo, pero tiene una capacidad de concentración muy reducida. La mayor parte del tiempo está confundido. Tiene el cabello cobrizo oscuro, ojos azules y es menudo.

8. *Christene*, 3 años. La niña del rincón, llamada así porque era a la que castigaban en la esquina en la escuela. Es una niña inglesa vivaz e inteligente, que sabe leer y escribir con letras de plantilla, pero tiene dislexia. Le gusta dibujar y colorear imágenes de flores y mariposas. Tiene el pelo rubio, largo hasta los hombros, y ojos azules.

9. *Christopher*, 13 años. Hermano de Christene. Habla con acento británico. Obediente pero angustiado. Toca la armónica. Pelo rubio oscuro, como el de su hermana, pero más corto.

10. *Adalana*, 19 años. La lesbiana. Tímida, solitaria e introvertida. Escribe poesía, cocina y se encarga de las tareas del hogar para

los demás. Adalana tiene el pelo moreno, largo y crespo. Debido al nistagmo que padece, sus ojos a veces se desvían de un lado a otro, y por eso se dice de ella que le «bailan los ojos».

Los indeseables

Reprimidos por Arthur debido a sus rasgos indeseables. Revelados por primera vez al doctor David Caul en el centro de salud mental de Athens.

11. *Philip*, 20 años. El matón. Originario de Nueva York, tiene un marcado acento de Brooklyn. Las referencias a «Phil» dieron la pista a la policía y a los periodistas de que existían más personalidades, además de las diez ya conocidas. Cometió delitos menores. Pelo castaño rizado, ojos color avellana, nariz aguileña.

12. *Kevin*, 20 años. El planificador. Delincuente menor, él fue quien planeó el robo a la farmacia Gary. Le gusta escribir. Pelo rubio, ojos verdes.

13. *Walter*, 22 años. El australiano. Se considera un cazador de caza mayor. Tiene un excelente sentido de la orientación y a menudo lo utiliza para «rastrear». Reprime sus emociones. Excéntrico. Lleva bigote.

14. *April*, 19 años. La arpía. Tiene acento de Boston. Está poseída por diabólicos pensamientos y planes de venganza contra el padrastro de Billy. Los demás dicen que está loca. Cose y ayuda en las tareas del hogar. Pelo negro, ojos marrones.

15. *Samuel*, 18 años. El judío errante. Judío ortodoxo, es el único que cree en Dios. Escultor y tallador de madera. Pelo y barba morenos y ondulados, ojos marrones.

16. *Mark*, 16 años. El mulo de carga. No tiene ningún tipo de iniciativa, solo hace lo que los demás le dicen. Se ocupa de las tareas

monótonas. Si no tiene nada que hacer, se queda mirando las paredes. En ocasiones lo llaman «el zombi».

17. *Steve*, 21 años. El eterno impostor. Se burla de la gente y la imita. Egocéntrico. Es la única de las personalidades internas que nunca ha aceptado el diagnóstico de personalidad múltiple. Sus imitaciones burlonas a menudo han ocasionado problemas a los demás.

18. *Lee*, 20 años. El cómico. Bromista, bufón, ingenioso. Sus jugarretas hacen que los demás se metan en peleas y acaben en celdas de aislamiento dentro de la cárcel. No le importa la vida ni las consecuencias de sus actos. Pelo castaño oscuro, ojos marrón claro.

19. *Jason*, 13 años. La válvula de escape. Sus reacciones histéricas y sus incontrolables arrebatos de furia, que a menudo resultan en castigos, liberan la tensión acumulada. Asume los recuerdos dolorosos para que los demás puedan olvidarlos, lo cual le provoca amnesia. Pelo castaño, ojos marrones.

20. *Robert (Bobby)*, 17 años. El fantasioso. Imagina constantemente viajes y aventuras. Aunque sueña con hacer del mundo un lugar mejor, no tiene ambiciones ni inclinaciones intelectuales.

21. *Shawn*, 4 años. El sordo. Tiene una capacidad de atención muy limitada y a menudo se le considera retrasado mental. Emite sonidos parecidos a un zumbido para notar las vibraciones en la cabeza.

22. *Martin*, 19 años. El pedante. Es un neoyorquino fanfarrón, con aires de superioridad. Quiere cosas que no se ha ganado. Pelo rubio, ojos grises.

23. *Timothy (Timmy)*, 15 años. Trabajó en una floristería, donde un homosexual se le insinuó y lo asustó. Vive en su propio mundo.

El Profesor

24. *El Profesor*, 26 años. Es la suma de las veintitrés personalidades fusionadas en una sola. Les enseñó a los demás todo lo que saben. Excepcionalmente inteligente, sensible, con un gran sentido del humor. Dice de sí mismo: «Yo soy Billy al completo» y se refiere a los demás como «los androides que he creado». El Profesor tiene una memoria infalible, y si este libro existe es gracias a su aparición y cooperación.

Libro primero

EL PERIODO DE CONFUSIÓN

I

1

El sábado 22 de octubre de 1977, John Kleberg, jefe de la policía universitaria, organizó un dispositivo de seguridad en la zona de la facultad de Medicina de la Universidad Estatal de Ohio. Agentes armados comenzaron a patrullar el campus, tanto en vehículo como a pie, al tiempo que observadores armados vigilaban desde los tejados. Se advirtió a las mujeres que no se desplazaran solas y que tuvieran cuidado con los hombres en el momento de subirse al coche.

Por segunda vez en un lapso de ocho días, una joven había sido secuestrada del campus a punta de pistola, entre las siete y las ocho de la mañana. La primera víctima estudiaba Optometría y tenía veinticinco años. La segunda estudiaba Enfermería y tenía veinticuatro años. A ambas las llevaron fuera de la ciudad, las violaron, las obligaron a canjear cheques en el banco y luego les robaron el dinero.

Los periódicos publicaron retratos robot hechos por la policía y la ciudadanía respondió con cientos de llamadas telefónicas, nombres y descripciones, ninguno de los cuales sirvió de nada. No había pistas significativas ni sospechosos. La tensión aumentó en la comunidad universitaria y la presión sobre Kleberg, el jefe de policía, se intensificó después de que varias organizaciones estudiantiles y grupos comunitarios reclamaran la detención del hombre al que los periódicos y las televisiones de Ohio habían empezado a llamar «el violador del campus».

Kleberg puso a Eliot Boxerbaum, un joven investigador, a cargo de la búsqueda del criminal. Boxerbaum se consideraba liberal y había decidido incorporarse al servicio policial después de los disturbios estudiantiles que, en 1970, llevaron al cierre del campus. Tras graduarse ese mismo año, le ofrecieron un puesto en

la policía universitaria con la condición de que se cortara el pelo largo y se afeitara el bigote. Aunque sí accedió a cortarse el pelo, se negó a afeitarse el bigote, pero lo contrataron de todos modos.

Después de analizar los retratos robot y la información proporcionada por las dos víctimas, Boxerbaum y Kleberg concluyeron que todo apuntaba a un único autor: un hombre blanco estadounidense de entre 23 y 27 años, con un peso de entre 80 y 84 kg, y pelo castaño o castaño rojizo. En ambos incidentes, vestía una sudadera marrón desgastada, tejanos y zapatillas deportivas blancas.

Carrie Dryer, la primera víctima, recordaba que el violador llevaba guantes y tenía una pistola pequeña. De vez en cuando, sus ojos se movían de un lado a otro, señal de una afección que ella reconoció como nistagmo. La había esposado a la parte interior de la puerta del coche y había conducido hasta una zona rural desierta, donde la violó. Después de la violación, le dijo:

—Si acudes a la policía, no des mi descripción. Si veo cualquier cosa en los periódicos, le pediré a alguien que se encargue de ti.

Como si quisiera demostrarle que hablaba en serio, le enseñó varios nombres de su agenda telefónica.

Donna West, una enfermera bajita y robusta, declaró que el agresor la había amenazado con una pistola automática. Tenía algo en las manos, no suciedad ni grasa, sino una especie de mancha aceitosa. En un momento determinado le dijo que se llamaba Phil, y decía muchas palabrotas. Llevaba gafas de sol con cristales marrones, por lo que no le pudo ver los ojos. El hombre le había pedido los nombres de varios familiares y la había advertido de que, si lo identificaba, ella o su familia sufrirían por culpa de una «hermandad» que llevaría a cabo sus amenazas. Tanto ella como la policía sospechaban que alardeaba de formar parte de una organización terrorista o la mafia.

A Kleberg y a Boxerbaum les desconcertaba una única y relevante diferencia entre las dos descripciones. Según la primera, el hombre tenía un bigote poblado y bien recortado. En la segunda, llevaba una barba de tres días, pero no bigote.

Boxerbaum sonrió.

—Se lo afeitaría entre la primera y la segunda violación.

El miércoles 26 de octubre, a las tres de la tarde, la detective Nikki Miller, asignada a la unidad de agresiones sexuales, llegó a la comisaría central de Columbus para empezar a trabajar en el segundo turno. Acababa de regresar de unas vacaciones de dos semanas en Las Vegas y se sentía como nueva, algo que confirmaba el bronceado que resaltaba sus ojos marrones y su pelo escalado rubio oscuro. El detective Gramlich, del turno de la mañana, la informó de que acababan de trasladar al hospital universitario a una joven víctima de una violación. Como Miller sería la que se encargara del caso, Gramlich le dio los pocos detalles que tenía.

Esa mañana, alrededor de las ocho, Polly Newton, una estudiante de veintiún años de la Universidad Estatal de Ohio, había sido secuestrada detrás de su vivienda, cerca del campus. Después de aparcar el Corvette azul de su novio, un hombre la había obligado a meterse de nuevo en el coche y conducir hasta una zona rural aislada, donde la había violado. A continuación, el agresor la había obligado a regresar a Columbus y a canjear dos cheques, antes de conducir de vuelta al campus. Después le sugirió que hiciera efectivo otro cheque, cancelara el pago y se quedara el dinero.

Como había estado de vacaciones, Nikki Miller no había leído nada sobre el violador del campus ni había visto los retratos robot. Los detectives del primer turno la pusieron al día.

«Los hechos de este caso —escribió Miller en su informe— son similares a los de las dos violaciones/secuestros [...] que investiga la policía de la Universidad Estatal de Ohio y que ocurrieron en su jurisdicción».

Nikki Miller y su compañero, el agente A. J. Bessell, fueron en coche al hospital universitario para hablar con Polly Newton, una chica de cabello cobrizo.

Según Polly, el hombre que la había secuestrado le dijo que formaba parte de la organización de los Weathermen,* pero que tenía otra identidad como hombre de negocios que conducía un Mase-

* Organización radical de izquierdas fundada en 1969 en el campus Ann Arbor de la Universidad de Michigan, cuyo objetivo principal era la creación de un partido revolucionario clandestino que derrocara al gobierno de Estados Unidos. *(N. de la T.)*

rati. Después de recibir atención médica en el hospital, Polly aceptó acompañar a Miller y Bessell al lugar hasta el que la habían obligado a conducir el coche. Por desgracia, empezaba a anochecer y Polly no pudo identificarlo, así que acordaron intentarlo de nuevo a la mañana siguiente.

Los expertos de la científica analizaron el coche de la joven y lograron recoger tres huellas parciales, lo bastante detalladas como para poder compararlas con las de futuros sospechosos.

Miller y Bessell llevaron a Polly de vuelta a la unidad de investigaciones para que, junto con el dibujante, hiciera un retrato robot. Luego, Miller le pidió que revisara fotografías de hombres blancos fichados como agresores sexuales. La joven examinó tres álbumes con cien fotos cada uno, sin reconocer a nadie. A las diez de la noche, agotada después de siete horas de colaboración con la policía, Polly dijo basta.

Al día siguiente, los detectives del turno de la mañana de la unidad de agresiones sexuales recogieron a Polly Newton en su casa a las diez y cuarto y la llevaron en coche al condado de Delaware. A la luz del día, la joven logró conducirlos hasta el lugar donde la habían violado, y los detectives encontraron casquillos de balas de 9 milímetros cerca de la orilla de un estanque. Polly le indicó a un detective que allí era donde el hombre había practicado el tiro con unas botellas de cerveza que había arrojado al agua.

Cuando regresaron a la comisaría, Nikki Miller acababa de llegar para empezar su turno. Miller llevó a Polly a una pequeña habitación, justo enfrente del mostrador de recepción, y le dio otro álbum de fotos para que lo revisara. Luego, la dejó sola y cerró la puerta.

Al cabo de unos minutos, Eliot Boxerbaum llegó a la unidad de investigaciones acompañado de la enfermera Donna West, la segunda víctima, para que también ella revisara las fotografías. Kleberg y él habían decidido reservar a la estudiante de Optometría para una rueda de reconocimiento, en caso de que la identificación basada en las fotografías no fuera válida en el momento del juicio.

Nikki Miller sentó a Donna West en una mesa del pasillo, junto a los archivadores, y le trajo tres álbumes de fotografías.

—Dios mío —exclamó ella—, ¿tantos agresores sexuales hay en libertad?

Boxerbaum y Miller esperaron mientras Donna estudiaba un rostro tras otro. Enfadada y frustrada, la joven fue pasando las páginas de fotos y reconoció a alguien; no al hombre que la había violado, sino a un antiguo compañero de clase con el que se había encontrado en la ciudad pocos días atrás. Miró en el reverso de la fotografía y vio que lo habían detenido por exhibicionismo.

—Santo Dios —murmuró—; nunca sabe una con quién está tratando.

A mitad del álbum, Donna vaciló ante la fotografía de un joven apuesto, con bigote, patillas de boca de hacha y una mirada fija y desprovista de expresión. De repente, se puso en pie de un salto y estuvo a punto de volcar la silla.

—¡Es él! —exclamó—. ¡Es él! ¡Estoy absolutamente segura!

Miller la hizo firmar en el reverso de la fotografía, antes de verificar el número de identificación en el índice del álbum y anotar: «William S. Milligan». Era una foto antigua. A continuación, Miller colocó la imagen identificada hacia el final de un álbum que Polly Newton aún no había revisado y, acompañada de Boxerbaum, un detective llamado Brush y el agente Bessell, se dirigió a la habitación donde estaba Polly.

Nikki Miller se dio cuenta de que la joven intuía que esperaban que eligiera una fotografía de ese álbum. Fue tocando todas las fotos, mientras pasaba las páginas muy despacio, y cuando llegó a la mitad, Miller comenzó a ponerse nerviosa. Si Polly elegía la misma fotografía, significaba que habían identificado al violador del campus.

Polly se detuvo en la fotografía de Milligan y luego la pasó de largo. Miller notaba la tensión en sus hombros y sus brazos. Entonces, Polly pasó las páginas hacia atrás y observó de nuevo el retrato del joven con bigote y patillas.

—Este se parece mucho a él, pero no puedo asegurarlo —dijo.

Boxerbaum no estaba convencido de solicitar una orden de detención para Milligan. Aunque Donna West lo había identificado con certeza, el hecho de que la fotografía fuera de tres años atrás representaba un obstáculo, así que prefería esperar a la verificación de las huellas dactilares. El detective Brush llevó la ficha policial de Milligan al primer piso, donde se encontraba la unidad de identificación criminal, para que compararan sus huellas dactilares con las recogidas en el coche de Polly.

A Nikki Miller le molestó la demora. Creía que le llevaban ventaja a aquel hombre y quería ir a por él, pero dado que su víctima, Polly Newton, no había podido identificarlo sin género de dudas, no le quedaba otra que esperar. Dos horas más tarde, llegó el informe: las huellas del dedo índice derecho, del anular derecho y de la palma derecha encontradas en el exterior del cristal de la puerta del acompañante del Corvette eran de Milligan. La identificación era inequívoca, con diez puntos de coincidencia, una prueba que bastaba para el juicio, pero Boxerbaum y Kleberg seguían dudando. Querían estar absolutamente seguros antes de ir a detener al sospechoso, y por ello solicitaron un análisis de las huellas por parte de otro experto.

Como las huellas de Milligan coincidían con las recogidas en el coche de su víctima, Nikki Miller decidió solicitar ella misma una orden de detención, con cargos de secuestro, robo y violación. Quería llevar al sospechoso a la comisaría para ver si Polly podía identificarlo en una rueda de reconocimiento.

Boxerbaum habló con su superior, Kleberg, que insistió en que la policía universitaria esperara al informe del experto, que llegaría como mucho al cabo de una hora o dos. Era mejor estar seguros. Alrededor de las ocho de la tarde, el experto independiente confirmó que las huellas pertenecían a Milligan.

—Está bien, solicitaré una orden de detención por secuestro, ya que es el único delito que se cometió en el campus, es decir, en nuestra jurisdicción. La violación ocurrió en otro lugar —declaró Boxerbaum.

Verificó también la información recibida de la unidad de identificación criminal: William Stanley Milligan, exconvicto de vein-

tidós años que había salido en libertad condicional de la cárcel de Lebanon, en Ohio, seis meses atrás. Última dirección conocida: Spring Street 933, Lancaster, Ohio.

Miller solicitó un equipo SWAT y todos se reunieron en las oficinas de la unidad de agresiones sexuales para decidir cómo abordar la detención. Debían averiguar cuántas personas había en el apartamento junto con Milligan. Dos de las víctimas habían declarado que afirmaba ser terrorista y sicario, e incluso había disparado un arma en presencia de Polly. No podían sino suponer que estaba armado y era peligroso.

El agente Craig, del equipo SWAT, propuso usar una trampa. Se ofreció a ir él mismo con una caja de *pizza* de Domino's, con el pretexto de que la habían pedido desde esa dirección, y cuando Milligan abriera la puerta, intentaría echar un vistazo al interior del piso. Todos aprobaron el plan.

Pero desde que les habían dado la dirección, había algo que Boxerbaum no lograba entender. ¿Para qué iba un exconvicto a recorrer, tres veces en dos semanas, los ochenta kilómetros que separaban Lancaster de Columbus para cometer sus violaciones? Algo no encajaba. Antes de salir, llamó a información y preguntó si les constaba una nueva dirección a nombre de William Milligan. Escuchó un momento y luego anotó algo.

—Se ha mudado a Reynoldsburg —anunció—, a Old Livingston Avenue 5673. Son diez minutos en coche. En la zona oriental. ¡Eso sí tiene sentido!

Todos parecieron aliviados.

A las nueve de la noche, Boxerbaum, Kleberg, Miller, Bessell y cuatro agentes del equipo SWAT de Columbus se subieron a tres coches y condujeron por la autopista a treinta kilómetros por hora, mientras sus faros iluminaban la niebla más espesa que habían visto jamás.

El equipo SWAT llegó primero. Habían tardado una hora en recorrer un trayecto que no debería haberles llevado más de un cuarto de hora, y luego tardaron otro cuarto de hora más en encontrar la dirección exacta en la sinuosa calle donde se ubicaba

el nuevo complejo de apartamentos Channingway. Mientras esperaban la llegada de los demás, los agentes del SWAT hablaron con varios vecinos. En el piso de Milligan había luces encendidas.

Cuando llegaron los detectives y los agentes de la policía universitaria, todos ocuparon sus posiciones. Nikki Miller se escondió en el lado derecho del patio interior, mientras que Bessell lo hizo tras la esquina del edificio. Los tres agentes del SWAT se colocaron en el lado izquierdo del patio al tiempo que Boxerbaum y Kleberg corrían a la parte de atrás para cubrir las dobles puertas correderas de cristal.

Craig sacó del maletero la caja falsa de *pizza* y escribió con un rotulador negro: «Milligan – Old Livingston 5673». A continuación, se sacó la camisa del pantalón para ocultar su pistola y caminó con aire despreocupado hacia una de las cuatro puertas que daban al patio. Llamó al timbre y nadie respondió, así que volvió a llamar y, cuando escuchó un ruido en el interior, adoptó una actitud aburrida, con la caja de *pizza* en una mano y la otra en la cadera, cerca de la pistola.

Desde su posición detrás de la casa, Boxerbaum vio a un joven sentado en un sillón marrón delante de un televisor a color de pantalla grande. A la izquierda de la puerta de entrada había otro sillón, este rojo. El salón comedor tenía forma de ele, y no parecía haber nadie más. El chico que miraba la tele se levantó y fue a abrir la puerta.

Después de que Craig llamara una vez más, observó que alguien miraba a través del cristal que había junto a la puerta, y luego la abrió. Se trataba de un joven atractivo que se lo quedó mirando.

—Traigo la *pizza*.

—Yo no he pedido *pizza*.

Craig trató de echar un vistazo al piso y vio a Boxerbaum a través de las cortinas descorridas de las puertas traseras de cristal.

—A mí me han dado esta dirección. Va a nombre de William Milligan. ¿Eres tú?

—No.

—Alguien ha llamado y ha dado esta dirección —dijo Craig—. ¿Cómo te llamas?

—Este es el apartamento de mi amigo.

—¿Dónde está tu amigo?

—Ahora mismo no está aquí. —Hablaba en tono monótono y titubeante.

—¿Y dónde está? Alguien ha pedido la *pizza*. Bill Milligan. A esta dirección.

—No lo sé. Los vecinos lo conocen. A lo mejor ellos te pueden decir algo, o a lo mejor la han pedido ellos.

—¿Me enseñas dónde viven?

El joven asintió, se dirigió a una puerta que se hallaba a pocos pasos de la suya, llamó con los nudillos, esperó unos segundos y volvió a llamar. Nadie respondió.

Craig dejó caer la caja de *pizza*, sacó su pistola y se la clavó en la nuca al sospechoso.

—¡Quieto! ¡Sé que eres Milligan!

Mientras le ponía las esposas, el joven parecía desconcertado.

—¿A qué viene esto? Yo no he hecho nada.

Craig le clavó la pistola entre los omóplatos y lo agarró del pelo largo como si tirara de unas riendas.

—Entremos otra vez en tu casa.

Mientras lo metía a empujones en el apartamento, los demás agentes del SWAT irrumpieron a su alrededor empuñando sus pistolas, y Boxerbaum y Kleberg llegaron desde la parte de atrás. Nikki Miller sacó la fotografía de Milligan y señaló un lunar que tenía en el cuello.

—Tiene el lunar, y la cara es la misma. Es él.

Sentaron a Milligan en el sillón rojo y Miller se fijó en que el joven tenía la mirada perdida y una expresión aturdida, como si estuviera en trance. El sargento Dempsey se agachó y miró debajo del sillón.

—Aquí está la pistola —dijo, sacándola con la ayuda de un lápiz—. Una Magnum Smith & Wesson de nueve milímetros.

Un agente del SWAT levantó el cojín del sillón marrón que había frente al televisor y empezó a coger un cargador y una bolsa de plástico con munición, pero Dempsey lo interrumpió:

—Espera un momento. Tenemos una orden de detención, no de registro. —Se volvió hacia Milligan—. ¿Nos das permiso para registrar tu apartamento?

Milligan seguía mirando al vacío.

Kleberg sabía que no necesitaba una orden para comprobar si había alguien en la otra habitación, así que se dirigió al dormitorio y vio la sudadera marrón sobre la cama sin hacer. El desorden era total, con ropa sucia tirada por todas partes. Miró en el armario, cuya puerta estaba abierta y, en un estante, perfectamente apiladas, encontró las tarjetas de crédito de Donna West y Carrie Dryer, además de unos pedazos de papel arrebatados a las mujeres. Sobre la cómoda del dormitorio estaban la billetera y unas gafas de sol con cristales marrones.

Fue a contarle a Boxerbaum lo que había descubierto y lo encontró en el comedor, que hacía las veces de estudio de pintura.

—Mira esto.

Boxerbaum le mostró un cuadro grande que representaba lo que parecía una reina o una aristócrata del siglo XVIII, ataviada con un vestido azul con apliques de encaje, sentada junto a un piano y con una partitura en la mano. Los detalles de la pintura eran extraordinarios, y la firma del pintor rezaba: «Milligan».

—Es bonito, ¿eh? —dijo Kleberg, que echó un vistazo a los demás lienzos apoyados en la pared, así como a los pinceles y los tubos de pintura.

Boxerbaum se dio una palmada en la frente.

—¡De aquí venían las manchas que Donna West vio en sus manos! Había estado pintando.

Nikki Miller, que también había visto el cuadro, se volvió hacia el sospechoso, que seguía sentado en el sillón.

—Tú eres Milligan, ¿verdad?

El joven la miró, aturdido.

—No —murmuró.

—Qué cuadro más bonito. ¿Lo has pintado tú?

Él negó con la cabeza.

—Pues en la firma pone «Milligan» —dijo Miller con una sonrisa.

Boxerbaum se acercó a ellos.

—Bill, soy Eliot Boxerbaum, de la policía de la Universidad Estatal de Ohio. ¿Quieres hablar conmigo?

No hubo respuesta. Tampoco había rastro del movimiento ocular que había descrito Carrie Dryer.

—¿Alguien le ha leído sus derechos? —Nadie contestó, así que Boxerbaum cogió la tarjeta en la que los tenía escritos y los leyó en voz alta. Quería asegurarse de que seguía el procedimiento al pie de la letra—. Se te acusa del secuestro de varias chicas en el campus, Bill. ¿Quieres hablar sobre ello?

Milligan alzó la cabeza y lo miró, sorprendido.

—¿Qué ha pasado? ¿Le he hecho daño a alguien?

—Las amenazaste con enviar a otras personas tras ellas. ¿De quién hablabas?

—Espero no haber hecho daño a nadie.

Un policía se dirigió al dormitorio y Milligan lo miró.

—No golpee la caja que hay allí. Podría explotar.

—¿Una bomba? —se apresuró a preguntar Kleberg.

—Está... dentro...

—¿Me la enseñas? —le pidió Boxerbaum.

Milligan se levantó pausadamente y, tras acercarse al dormitorio, se detuvo en la entrada y señaló con la cabeza una pequeña caja de cartón que había en el suelo, junto a la cómoda. Kleberg se quedó con él mientras Boxerbaum se acercaba a echarle un vistazo y el resto de los policías se agrupaban detrás de Milligan, bajo el marco de la puerta. Boxerbaum se arrodilló junto a la caja, cuya parte superior estaba abierta, y vio cables y algo que parecía un reloj.

—Será mejor que llames a los artificieros del cuerpo de bomberos —le dijo al sargento Dempsey tras volver al salón—. Kleberg y yo vamos a volver a la comisaría, y nos llevamos a Milligan.

Kleberg se puso al volante del coche patrulla de la policía universitaria, con Rockwell, del equipo SWAT, en el asiento del acompañante. Boxerbaum estaba sentado detrás junto a Milligan, quien no respondía a las preguntas sobre las violaciones, sino que permanecía inclinado hacia delante, incómodo por tener las manos esposadas a la espalda, y mascullaba cosas sin sentido.

—Mi hermano Stuart está muerto... ¿Le he hecho daño a alguien?

—¿Conocías a alguna de las chicas? —le preguntó Boxerbaum—. ¿Conocías a la enfermera?

—Mi madre es enfermera —balbuceó Milligan.

—Dime, ¿por qué fuiste a buscar a tus víctimas en el campus de la universidad?

—Los alemanes van a venir a por mí...

—Vamos a hablar de lo que ocurrió, Bill. ¿Te atrajo la melena morena de la enfermera?

Milligan lo miró.

—Eres raro —dijo, y luego volvió a clavar la vista al frente—. Mi hermana me va a odiar cuando se entere.

Boxerbaum se dio por vencido.

Tras llegar a la comisaría central, entraron con el detenido por la puerta trasera y subieron al tercer piso para formalizar la detención de Milligan. Después, Boxerbaum y Kleberg fueron a un despacho para ayudar a Nikki Miller a preparar las declaraciones juradas necesarias para obtener las órdenes de registro.

A las once y media, Bessell volvió a leerle a Milligan sus derechos y le preguntó si accedía a renunciar a ellos. Milligan siguió mirando al vacío.

—Mira, Bill —escuchó Nikki Miller decir a Bessell—, has violado a tres mujeres y queremos saber más.

—¿He sido yo? —preguntó Milligan—. ¿He hecho daño a alguien? Si he hecho daño a alguien, lo siento.

Después, se quedó callado.

Bessell lo llevó al cuarto piso, a la sala donde iban a tomarle las huellas y hacerle las fotos, y una agente uniformada alzó la vista cuando entraron. Bessell cogió la mano de Milligan para empezar a tomarle las huellas, pero el detenido se echó hacia atrás con brusquedad, como si le aterrara que lo tocasen, y se colocó detrás de la agente en busca de protección.

—Tiene miedo de algo —dijo ella, antes de volverse hacia el joven trémulo y pálido para hablarle con suavidad, como a un niño—: Tenemos que tomarte las huellas. ¿Me entiendes?

—No quiero que él me toque.

—Está bien —dijo la agente—. Lo haré yo. ¿Mejor así?

Milligan asintió y dejó que le tomara las huellas dactilares. Después de eso y de hacerle las fotografías, un agente lo llevó a una celda.

Una vez rellenados todos los documentos necesarios para obtener la orden de registro, Nikki Miller llamó por teléfono al juez West, que escuchó las pruebas que tenían y, dada la urgencia del asunto, le pidió que fuera a su casa. A la una y media de la madrugada, firmó la orden de registro.

Miller condujo de nuevo hasta el complejo residencial Channingway a través de la niebla, que se había vuelto aún más densa. Al llegar, llamó a la unidad móvil de la policía científica, que se presentó en el apartamento a las dos y media y procedió al registro después de que ella les mostrara la orden. Elaboraron una lista con todos los objetos confiscados en el apartamento del sospechoso:

CÓMODA — 343 dólares en efectivo, gafas de sol, esposas y llave, cartera, documento de identidad a nombre de William Simms y William Milligan, comprobante de pago a nombre de Donna West.

ARMARIO — Tarjetas de crédito a nombre de Donna West y Carrie Dryer, tarjeta de empleado de clínica a nombre de Donna West, fotografía de Polly Newton, pistola automática (Tanfoglio Giuseppe) A.R.M.I. [*sic*] del calibre .25, con cinco balas de fuego real.

TOCADOR — Hoja de papel de 9 × 28 cm con el nombre y la dirección de Polly Newton, y una página arrancada de su agenda.

CABEZAL DE LA CAMA — Cuchillo con hoja retráctil, dos paquetes de polvo.

CAJÓN — Factura telefónica a nombre de Milligan, funda de Smith & Wesson.

BAJO EL SILLÓN ROJO — Pistola Smith & Wesson de 9 milímetros con cargador y seis balas de fuego real.

BAJO EL SILLÓN MARRÓN — Cargador con quince balas de fuego real y bolsa de plástico con quince balas de fuego real.

Nikki Miller volvió a la comisaría, presentó las pruebas al secretario judicial, le pidió que las autentificara mediante acta notarial y las entregó en el depósito de pruebas.

—Ahora ya tenemos con qué ir al juicio —dijo.

Preso de violentas sacudidas, Milligan se acurrucó en un rincón de la minúscula celda y de pronto emitió un leve sonido, como si se estuviera ahogando, y se desmayó. Al cabo de un minuto, abrió los ojos y miró con asombro las paredes, el lavabo, la litera.

—¡No, Dios mío! —gritó—. ¡Otra vez no!

Se sentó en el suelo con la mirada perdida pero, al ver unas cucarachas en un rincón, se quedó impasible y luego su expresión cambió. Tras cruzar las piernas, se inclinó hacia delante con la barbilla apoyada en la palma de las manos y observó con una sonrisa infantil cómo las cucarachas se movían en círculos.

2

Milligan estaba despierto cuando, pocas horas después, acudieron a trasladarlo. Lo esposaron a un hombre negro gigante como parte de una fila de prisioneros a los que condujeron por el pasillo y la escalera para, finalmente, sacarlos por la puerta trasera, que daba al aparcamiento de la policía. Tras subirse al furgón, se dirigieron a la cárcel del condado de Franklin.

El vehículo pasó por la zona comercial de Columbus y llegó a una fortaleza futurista en el corazón de la ciudad. Los inmensos muros de cemento sin ventanas se elevaban con una inclinación hacia dentro hasta el segundo piso, por encima del cual adoptaban un ángulo recto para alojar lo que parecía un edificio moderno de oficinas. Una estatua de Benjamin Franklin presidía el patio interior.

El furgón giró por el callejón de detrás de la prisión y se detuvo delante de la puerta de acero corrugado del garaje. Desde ese ángulo, la prisión quedaba a la sombra del edificio más alto al que estaba pegada: el palacio de justicia del condado de Franklin.

La puerta de acero se elevó con un chirrido y, después de que el furgón entrara, se cerró tras él. Los prisioneros esposados se apea-

ron en la zona de seguridad ubicada entre las dos puertas de acero que daban acceso a la prisión; todos menos uno, Milligan, que se había quitado las esposas y permanecía en el interior del furgón.

—¡Baja de ahí, Milligan! —gritó el guardia—. ¡Maldito violador hijo de puta! ¿Qué te crees que haces?

—Yo no tengo nada que ver —dijo el hombre negro que había estado esposado a Milligan—. Juro por Dios que se las ha quitado sin más.

La puerta de la prisión se abrió con un siseo y los seis prisioneros fueron conducidos al pasillo que separaba la entrada exterior de la zona con rejas. Entre los barrotes se veía el centro de control: monitores, ordenadores y decenas de guardias, hombres y mujeres, vestidos con camisa negra y pantalón o falda gris. Cuando la puerta exterior se cerró tras ellos, la puerta interior con barrotes se abrió, y los prisioneros entraron.

La sala estaba llena de camisas negras que se movían por todas partes entre el ruido de los teclados de ordenador. En la entrada, una guardia entregó a cada uno un sobre de papel Manila.

—Meted aquí los objetos de valor —les indicó—. Anillos, reloj, joyas, cartera...

Después de que Milligan vaciara sus bolsillos, la mujer cogió su chaqueta y revisó el forro antes de entregársela al guardia encargado del depósito de pertenencias. A continuación, la mujer registró a Milligan de manera meticulosa y lo envió con los demás a una celda de detención, a la espera de que los ficharan. A través de la ventanita cuadrada de la puerta se veían ojos que los miraban con curiosidad. El hombre negro le dio un codazo a Milligan.

—Vaya, parece que ya te has hecho famoso. Te has librado de las esposas; ahora veremos cómo nos sacas a todos de aquí.

Milligan lo miró con expresión impávida.

—Si sigues tocando las narices a los polis —continuó el negro—, te vas a llevar una paliza de órdago. Sé de lo que hablo; he estado muchas veces en la trena. ¿Es la primera vez que te encierran?

Milligan negó con la cabeza.

—Por eso no me gusta —dijo—. Por eso quiero salir.

3

Cuando sonó el teléfono en la oficina de los abogados de oficio, a una manzana de la prisión, el supervisor Gary Schweickart, un hombre de treinta y tres años, alto y con barba, intentaba encender su pipa. Quien llamaba era Ron Redmond, uno de los abogados con los que trabajaba.

—He oído algo mientras estaba en el tribunal municipal —dijo Redmond—. Anoche, la policía detuvo al violador del campus, y lo acaban de trasladar a la cárcel del condado de Franklin. Le han puesto una fianza de medio millón de dólares. Deberías enviar a alguien cuanto antes para proporcionarle asistencia legal.

—Ahora mismo no hay nadie, Ron. Estoy aquí solo.

—El caso es que se ha corrido la voz, así que los periodistas del *Citizen Journal* y el *Dispatch* no tardarán en presentarse a husmear. Tengo la sensación de que la policía pretende presionar al tipo.

Para los casos que implicaban delitos graves, en los que existía la posibilidad de que la policía continuara con la investigación tras la detención, Gary Schweickart solía elegir un abogado al azar y enviarlo a la cárcel. Pero esta no era una detención rutinaria. La amplia cobertura que la prensa había dado al violador del campus convertía su captura y encarcelamiento en un éxito de enorme importancia para la policía de Columbus, y Schweickart supuso que esta acosaría sin descanso al prisionero para que hiciera una declaración o confesara. Le iba a costar mucho defender sus derechos.

Decidió pasarse por la cárcel del condado de Franklin, solo para intercambiar unas palabras con el detenido, presentarse como abogado de oficio y advertirle que no hablara con nadie más que su abogado.

Logró entrar en la prisión a tiempo de ver a dos policías que llevaban a Milligan por la zona de seguridad y se lo entregaban al sargento de servicio. Schweickart pidió que le dejaran hablar un momento con el prisionero.

—No sé nada de lo que dicen que hice —se lamentó Milligan—. No lo recuerdo. Simplemente vinieron y...

—Mira, solo quería presentarme —dijo Schweickart—. Un pasillo lleno de gente no es el lugar adecuado para discutir los detalles del caso. Hablaremos en privado dentro de un día o dos.

—Pero es que no recuerdo nada. Encontraron esas cosas en mi apartamento y...

—¡No digas nada más! Aquí hay oídos por todas partes. Cuando te lleven arriba, ve con cuidado. Los policías conocen muchos trucos, así que no hables con nadie, ni siquiera con otros presos. Algunos pueden ser soplones; siempre hay tipos deseosos de recibir información para vendérsela a otros. Si quieres un juicio con garantías, cierra el pico.

Milligan asintió mientras se frotaba la barbilla, pero volvió a intentar hablar sobre el caso.

—Quiero declararme inocente —masculló—. Creo que podría estar loco.

—Ya veremos —dijo Schweickart—. Pero no podemos hablar aquí.

—¿No hay una abogada que pueda ocuparse de mi caso?

—Tenemos una abogada. Veré qué puedo hacer.

Schweickart siguió con la mirada al guardia que se llevó a Milligan para que se quitara su ropa de calle y se pusiera el uniforme azul que llevaban todos los presos de la cárcel del condado. Iba a ser difícil trabajar con alguien tan nervioso y asustado como aquel chico. En realidad, no negaba haber cometido los delitos, solo repetía con terquedad que no lo recordaba. Aunque era algo poco habitual, se preguntó qué diría la gente si el violador del campus apelaba a la enajenación mental. Schweickart sospechaba que los periódicos se pondrían las botas con la noticia.

Al salir de la prisión, compró el *Columbus Dispatch* y enseguida le llamó la atención el titular de portada:

LA POLICÍA DETIENE A UN SOSPECHOSO
EN EL CASO DE LAS VIOLACIONES DEL CAMPUS

El artículo relataba que la policía iba a llamar a una de las víctimas, una estudiante de posgrado de veintiséis años violada hacía

casi dos semanas, para tratar de identificar al sospechoso en una rueda de reconocimiento. Encima del artículo había un retrato de la ficha policial del acusado con el nombre «Milligan».

Tras regresar a la oficina de abogados de oficio, Schweickart llamó a los demás periódicos de la región y les pidió que no publicaran la fotografía, porque podría comprometer la rueda de reconocimiento del lunes. Todos se negaron. Si tenían la foto, pensaban publicarla. Schweickart se rascó la barba con la boquilla de su pipa y luego descolgó el teléfono para llamar a su esposa Sofia y avisarla de que llegaría tarde a cenar.

—¡Eh! —Se oyó una voz desde la puerta de la oficina—. Pareces un oso al que han pillado con el morro metido en un panal de abejas.

Schweickart alzó la vista y vio la cara sonriente de Judy Stevenson.

—No me digas —refunfuñó, al tiempo que colocaba el auricular en la horquilla y le devolvía la sonrisa—. Bueno, adivina quién ha pedido que lo representes.

La mujer se retiró de la cara el largo pelo castaño, dejando a la vista un lunar en el pómulo izquierdo, y lo miró con una expresión de curiosidad en sus ojos color avellana. Schweickart deslizó el periódico por encima de la mesa y, cuando le señaló la foto y el titular, una carcajada resonó por la pequeña oficina.

—La rueda de reconocimiento es el lunes por la mañana. Milligan ha pedido una abogada mujer, así que te ha tocado el violador del campus.

4

Judy Stevenson llegó a la rueda de reconocimiento organizada por la policía a las diez menos cuarto de la mañana del lunes 31 de octubre. Cuando trajeron a Milligan de la celda de detención, se fijó en que parecía asustado y desesperado.

—Soy de la oficina de abogados de oficio —explicó—. Gary Schweickart me dijo que querías a una abogada mujer, así que él y yo trabajaremos juntos en tu caso. Siéntate. Parece que vas a desmoronarte.

Milligan le entregó un papel doblado.

—El supervisor de la libertad condicional me trajo esto el viernes.

Judy alisó el papel. Era una orden de revocación emitida por la Junta de Libertad Condicional para Adultos para mantener a Milligan encerrado e informarlo de la celebración de una vista preliminar en la cárcel del condado de Franklin por incumplimiento de los términos de su libertad condicional. La abogada se dio cuenta de que, dado que la policía había encontrado armas en su casa durante la detención, podían revocar su libertad condicional y enviarlo de inmediato a la cárcel de Lebanon, cerca de Cincinnati, hasta el momento del juicio.

—La vista es este miércoles no, el próximo. Intentaremos que te quedes aquí. Prefiero que estés en Columbus, donde podemos hablar contigo.

—¡No quiero volver a Lebanon!

—Tranquilo, no te alteres.

—No recuerdo haber hecho nada de lo que dicen que hice.

—Ya hablaremos de eso más tarde. Ahora tienes que subir a ese estrado y quedarte ahí de pie. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Supongo que sí.

—Apártate el pelo de la cara para que te vean bien.

El policía lo hizo subir los escalones y colocarse junto a los demás, en la posición número dos.

En la rueda de reconocimiento había cuatro personas presentes para hacer la identificación. A Donna West, la enfermera que lo había reconocido en la fotografía, le habían dicho que no la necesitaban, y se había ido con su prometido a Cleveland. Cynthia Mendoza, una dependienta de un establecimiento Kroger que había canjeado uno de los cheques, no reconoció a Milligan, sino que escogió al hombre número tres. Una mujer agredida sexualmente en agosto, en circunstancias totalmente distintas, dijo que tal vez fuera el número dos, pero no estaba segura. Carrie Dryer declaró que tampoco podía estar segura sin bigote, pero que el número dos le resultaba familiar. Polly Newton lo identificó sin género de dudas.

El 3 de noviembre, el gran jurado presentó una acusación formal por tres cargos de secuestro, tres de robo con violencia y cuatro de violación. Todos delitos graves, con penas de entre cuatro y veinticinco años cada uno.

La fiscalía rara vez se involucraba en la designación de los abogados. El procedimiento normal era que el jefe de la división de delitos graves eligiera al azar a uno de los fiscales con más experiencia, dos o tres semanas antes del juicio. En esta ocasión, sin embargo, George Smith, el fiscal jefe del condado, convocó a dos de sus mejores fiscales y les dijo que la fama del caso del violador del campus había desatado la indignación de la ciudadanía. Por ello, los instó a ocuparse del caso y les pidió que consiguieran condenas ejemplares.

Terry Sherman, un hombre de treinta y dos años con pelo moreno rizado y un recio bigote de soldado, tenía fama de ser muy duro con los autores de delitos sexuales y se jactaba de no haber perdido jamás un caso de violación. Al pasar las páginas del expediente, se echó a reír.

—Es imposible perder este caso —dijo—. Las órdenes siguen el procedimiento al pie de la letra. Tenemos al culpable. La defensa no tiene a qué agarrarse.

Bernard Zalig Yavitch, un abogado de treinta y cinco años que formaba parte del equipo penal de la fiscalía, había estudiado en la facultad de Derecho dos cursos por delante de Judy Stevenson y Gary Schweickart, y los conocía bien. Gary había sido su pasante, y Yavitch había trabajado durante cuatro años como abogado de oficio antes de entrar en la fiscalía. Estuvo de acuerdo con Sherman en que el caso de la acusación era muy bueno.

—¿Solo muy bueno? —se sorprendió Sherman—. Con todas las pruebas materiales, las huellas dactilares y la identificación, no necesitamos nada más. Te digo que la defensa no tiene ninguna opción.

Pocos días después, Sherman habló con Judy y decidió dejarle las cosas claras.

—No vamos a aceptar un trato en el caso Milligan. Tenemos al culpable y vamos a ir a por una condena y la pena máxima. Vosotros, en cambio, no tenéis nada.

Bernie Yavitch se mostró más reservado. Como exabogado defensor, sabía cómo actuaría si estuviera en el lugar de Judy y Gary.

—Aún les queda una opción —dijo—. Pueden alegar enajenación mental.

Sherman soltó una carcajada.

Al día siguiente, William Milligan intentó suicidarse golpeándose la cabeza contra la pared de la celda.

—Dudo que sobreviva hasta el juicio —le dijo Gary Schweickart a Judy Stevenson cuando se enteró de la noticia.

—No creo que esté capacitado para ir a juicio —contestó Judy—. Creo que deberíamos informar al juez de que lo consideramos incapaz de contribuir a su propia defensa.

—¿Quieres que lo examine un psiquiatra?

—No tenemos otra opción.

—Ay, Dios —dijo Gary—. Ya me imagino los titulares de los periódicos.

—Al diablo con los periódicos. A ese chico le pasa algo. No sé qué es, pero ¿te has fijado en que cada vez que lo ves parece una persona distinta? Y yo le creo cuando dice que no recuerda las violaciones. Deberían examinarlo.

—Y ¿quién lo pagará?

—Tenemos presupuesto —repuso ella.

—Claro, millones.

—Venga ya, podemos permitirnos una evaluación psicológica.

—Díselo al juez —refunfuñó Gary.

El tribunal aceptó un aplazamiento para que un psicólogo pudiera examinar a Billy Milligan, y Gary Schweickart centró entonces su atención en la vista de la Junta de Libertad Condicional para Adultos programada para el miércoles a las ocho y media de la mañana.

—Me van a mandar de vuelta a Lebanon —dijo Milligan.

—No si podemos evitarlo —respondió Gary.

—Encontraron armas en mi casa, y ese era uno de los requisitos de la condicional: «No comprar, poseer, usar ni tener control de un arma de fuego u otra arma mortal».

—Es posible —dijo Gary—. Pero si vamos a defenderte, te queremos aquí en Columbus para poder colaborar contigo, y no en la cárcel de Lebanon.

—¿Qué piensa hacer?

—Confía en mí.

Gary se fijó en que Milligan sonreía y tenía un brillo en los ojos que no había visto hasta entonces. Estaba relajado, tranquilo y bromeaba de una manera casi despreocupada. Parecía una persona muy distinta del manojo de nervios que había conocido el primer día. Quizá fuera más fácil defenderlo de lo que había pensado.

—Muy bien —dijo Gary—. Tú tranquilo.

Lo llevó a la sala de reuniones, donde a los miembros de la Junta de Libertad Condicional para Adultos ya les estaban repartiendo copias del informe del supervisor de su condicional y del testimonio del sargento Dempsey, que afirmaba que en el momento de la detención había encontrado una pistola Smith & Wesson de 9 milímetros y otra semiautomática calibre .25 cargada con cinco balas.

—Díganme, señores —empezó Schweickart, pasándose los nudillos por la barba—, ¿se ha comprobado si esas armas funcionan?

—No —respondió el presidente—, pero son armas auténticas, con cargadores.

—Si no se ha demostrado que pueden disparar balas, ¿siguen siendo armas?

—Pero las pruebas de tiro no se llevarán a cabo hasta la semana que viene.

Gary dio un golpe sobre la mesa con la palma abierta.

—Insisto en que la decisión sobre la revocación de la libertad condicional debe tomarse hoy o, en su defecto, que esperen hasta después de la vista judicial. Vamos a ver, ¿esto es una pistola o un juguete? Todavía no me han demostrado que este objeto sea un arma —dijo el abogado, mirándolos uno a uno.

El presidente asintió.

—Señores, creo que no queda más remedio que aplazar esta vista hasta que se determine si el arma es o no operativa.

A las once menos diez de la mañana siguiente, el supervisor de la condicional de Milligan emitió una nota diciendo que la vista para la revocación se celebraría el 2 de diciembre de 1977 en la cárcel de Lebanon. La presencia de Milligan no era necesaria.

Judy fue a hablar con Milligan sobre las pruebas encontradas en el registro de su apartamento.

—Cree que lo he hecho yo, ¿verdad? —preguntó el joven, y ella vio la desesperación en sus ojos.

—Lo que yo crea da igual, Billy. Tenemos que enfrentarnos a todas estas pruebas y explicar por qué estaban en tu posesión.

Judy vio una vez más aquella mirada vidriosa en los ojos de Billy, que pareció retraerse y sumergirse en su interior.

—No importa —dijo—. Ya nada importa.

Al día siguiente, la abogada recibió una carta escrita en una hoja de papel amarillo pautado, de las que usaban los abogados:

> Estimada señorita Judy:
>
> Escribo esta carta porque a veces no puedo expresar lo que siento y, si algo deseo, es hacerme entender.
>
> En primer lugar, quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí. Es usted una persona amable y buena, y se ha esforzado mucho. Nadie podría haber pedido más.
>
> De ahora en adelante, podrá olvidarme con la conciencia limpia. Informe a su oficina de que ya no quiero ningún abogado. No me hará falta.
>
> Ahora que usted me considera culpable, debo serlo. Lo único que quería era saberlo con certeza. Toda mi vida he herido y hecho sufrir a quienes amo, y lo malo es que soy incapaz de parar porque no puedo evitarlo. Estar en prisión solo hará que empeore, como la última vez. Los psiquiatras no saben qué hacer conmigo porque no son capaces de averiguar qué me pasa.
>
> Así que tendré que pararme yo mismo. Me rindo. Ya no me importa. ¿Puede hacerme un último favor? Llame a mi madre o a Kathy y dígales que no vuelvan aquí. No quiero ver a nadie, así que es mejor que no malgasten gasolina. Dígales también que las quiero y que lo

siento. Es usted la mejor abogada que he conocido y siempre recordaré lo buena que ha sido conmigo.

Adiós,

Billy

Aquella misma noche, el sargento de guardia llamó a Gary Schweickart a casa.

—Su cliente ha intentado suicidarse de nuevo.

—¡Madre mía! ¿Qué ha hecho?

—No se lo va a creer, pero tenemos que presentar cargos por destrucción de propiedad del condado. Rompió el inodoro de su celda y trató de cortarse las venas con un trozo afilado de porcelana.

—¡Santo Dios!

—Déjeme decirle otra cosa, abogado. Es evidente que su cliente es un tipo raro. Rompió el inodoro a puñetazos.

5

Schweickart y Stevenson ignoraron la carta en la que Milligan los despedía y lo visitaron a diario en la cárcel. La oficina de abogados de oficio les proporcionó fondos para pagar una evaluación psicológica y, tanto el 8 como el 13 de enero de 1978, el doctor Willis C. Driscoll, psicólogo clínico, le estuvo realizando una serie de pruebas.

El test de inteligencia mostró un cociente intelectual de 68, pero Driscoll consideró que la depresión que padecía Milligan contribuía a bajar la puntuación. En el informe, el psicólogo le diagnosticó esquizofrenia aguda.

> Sufre una pérdida importante de identidad, hasta el punto de que es incapaz de definir con precisión los límites de su ego. Tiene síntomas de desconexión de la realidad de tipo esquizoide y una capacidad muy reducida para diferenciarse de su entorno. [...] Escucha voces que le ordenan hacer ciertas cosas y que le gritan cuando no obedece. Milligan afirma creer que esas voces son de personas venidas del infierno para atormentarlo. También menciona a perso-

> nas buenas que invaden periódicamente su cuerpo para luchar contra las malas. [...] En mi opinión, en este momento el señor Milligan no está en condiciones de defender sus intereses. No es capaz de establecer un contacto adecuado con la realidad en aras de comprender los sucesos que está viviendo. Recomiendo encarecidamente su hospitalización para una evaluación más a fondo y la posible administración de tratamiento.

La primera escaramuza legal tuvo lugar el 19 de enero, cuando Schweickart y Stevenson presentaron el informe al juez Jay C. Flowers como prueba de que Milligan no podía colaborar en su propia defensa. El juez dijo que pediría al centro comunitario de salud mental Southwest, en Columbus, que designara a un grupo de médicos especialistas en psiquiatría legal para examinar al acusado. Eso suscitó la preocupación de Gary y Judy, que sabían que, por lo general, en el Southwest estaban de parte de la fiscalía.

Gary insistió en que el resultado de la evaluación fuera confidencial y no pudiera usarse bajo ningún concepto en contra de su cliente. Sherman y Yavitch no estuvieron de acuerdo. Los abogados defensores amenazaron entonces con aconsejar a Milligan que no hablara con los psicólogos y psiquiatras del Southwest, y el juez Flowers estuvo a punto de acusarlos de desacato.

Al final, llegaron a un acuerdo: los fiscales convinieron que solo sacarían a relucir cualquier información incriminatoria que Milligan hubiera trasladado a los psicólogos designados por el tribunal si él testificaba. Una victoria parcial era mejor que nada. Los abogados defensores decidieron arriesgarse y permitir que los especialistas en psiquiatría legal del Southwest evaluaran a William Milligan, con la condición de respetar ese acuerdo.

—Buen intento —dijo Sherman sonriendo, cuando salieron del despacho del juez Flowers—. Se nota que estáis desesperados, pero no os servirá de nada. Sigo pensando que este caso está ganado.

Para evitar futuros intentos de suicidio, la oficina del *sheriff* trasladó a Milligan a una celda individual de la enfermería y le puso una camisa de fuerza. Esa misma tarde, el doctor Russ Hill fue a comprobar el estado del preso y no pudo creer lo que veían sus ojos. Llamó al sargento Willis, el agente que hacía la guardia de las tres de la tarde a las once de la noche, y señaló a Milligan a través de los barrotes. Willis se quedó boquiabierto. Milligan se había quitado la camisa de fuerza y dormía profundamente usándola como almohada.